

## Editorial

# La Academia Panameña de Medicina y Cirugía: su historia e impacto en la promoción de la educación médica en Panamá.

**Dra. Honorina de Espinosa**

Presentado como oración alusiva en la reunión solemne de la Academia Panameña de Medicina y Cirugía, el 10 de enero de 2014.

Cuando hace unas semanas el presidente saliente de nuestra Academia, el Dr. Rubén Villalaz, y el secretario, Dr. Edwin Acuña, me notificaron que había sido escogida para entregar la oración alusiva en esta sesión solemne, después de una breve vacilación ante la responsabilidad y el gran honor que esto implicaba, no tuve dudas sobre el tema que escogería: el papel que ha tenido y que le corresponde a nuestra Academia en la promoción de la educación médica... así como la distinción y compromiso que significan ser parte de ella.

En el artículo I de nuestro estatuto se establecen los propósitos de nuestra asociación:

1. Propender el adelanto de las ciencias médicas y quirúrgicas y otras afines y a la práctica ética y competente del arte de Hipócrates.
2. Estimular las investigaciones científicas que den lustre a la medicina nacional y sirvan de beneficio a la humanidad y
3. Ayudar a la formación y desarrollo de otras instituciones científicas que persigan igualmente la formación de mejores médicos y profesionales afines a las ciencias médico-quirúrgicas.

En cada uno de estos propósitos está implicada la transmisión del conocimiento científico. Fue esta necesidad la que motivó la creación de la Academia. Para comprender la situación de ese entonces, debemos ubicarnos en los años treinta.

En Panamá, la historia de las primeras reuniones docentes se remonta a las que llevaban a cabo mensualmente los miembros de la Isthmian Medical Association of the Canal Zone. En nuestros hospitales, en 1936, un grupo de médicos jóvenes tuvo la iniciativa de formar una sociedad secreta, Eta Phi Alpha, que se reuniría para llevar a cabo reuniones científicas cada dos semanas. Poco a poco, con recelo, se le fueron sumando médicos de mayor antigüedad. Esta desaparecería cinco años después.

Eventualmente, estas actividades dieron paso a conferencias clínicas formales, en las que se destacaba el Dr. Rolando Chanis, por sus agudas intervenciones y fuertes críticas a errores diagnósticos, como lo expresa el Dr. Antonio González Revilla en sus memorias. Sólo participaban los médicos que laboraban en el Hospital Santo Tomás.

La relevancia de estas acotaciones reside en que este grupo y otros, como los doctores Luis D. Alfaro, Jaime De La Guardia y Juan Miguel Herrera, con sus inquietudes, se convirtieron en los progenitores de esta Academia, con lo que se sumaron los médicos que no trabajaban en ese hospital. El Dr. González Revilla dijo claramente que la constitución de la Academia obedeció a la necesidad de un intercambio científico y de la promoción de la investigación.

En enero de 1949, un diario panameño publicó: “La Academia de Medicina, organización científica recién fundada, está llamada a tener enorme trascendencia en Panamá y América. Los primeros anuncios acerca de su integración son impresionantes, Sus componentes serán egresados de universidades de prestigio mundial, como John Hopkins, Harvard y Londres. Desafiarán impávidos el calor y la incompreensión de los menos preparados, vestidos de birrete y toga”.

Hoy yo diría: desafiarán impávidos el calor, la apatía, y el desinterés en los temas científicos de algunos de sus compañeros.

Imagino la solemnidad de la sesión inaugural. Se llevó a cabo en el aula máxima de la Universidad de Panamá, que funcionaba en ese entonces en el Instituto Nacional. Eran treinta y dos prestigiosos miembros la crema y nata de la medicina panameña. Fueron escogidos cuidadosamente, y “en forma desapasionada, analizadas sus credenciales, ejecutorias y, de manera especial, la ética en el cumplimiento de sus funciones como médicos”.

Lo que correspondió a la oración alusiva fue pronunciada por el doctor Octavio Méndez Pereira, Rector de la Universidad de Panamá, en representación de la Academia de la Lengua y de la Historia.

Cada uno de los años en que he vestido esta toga y he desfilado solemnemente, ha sido para mí una ocasión en la que he sentido una mezcla de emociones. Por un lado, compartir con tan distinguidos miembros de la medicina me ha estimulado cada vez a superarme y tratar de ser merecedora de esta distinción. Por el otro, hecho de menos el casi misticismo con que participaban los académicos en mis primeras experiencias.

Los Académicos se reunían mensualmente. En los primeros 25 años se presentaron 440 trabajos originales. En 1975, el doctor Carlos Calero recomendó la publicación de estos... y así nació la Revista Médica de Panamá, de la cual fue el Editor por 21 años, hasta inicios de 1996, cuando presentó su dimisión, por razón de su edad y su salud. Recuerdo el interés que me generaba cuando llegaba a mis manos un nuevo número, que, siendo interna en el interior, me era entregado por un visitador médico. El doctor Calero era la Revista, y de él dependía que ese material se transformara en algo digno de ser exportado a los círculos médicos prestigiosos en el exterior. Los trabajos eran entregados escritos a máquina y sus correcciones manuales aparecían en forma profusa en los márgenes de los escritos. Sus llamadas personales para insistir en el perfeccionamiento de los trabajos eran insistentes. Logró el reconocimiento internacional de la calidad de esta publicación al conseguir que se incluyera en el INDEX Medicus, una hazaña y un honor para una publicación científica en Latinoamérica.

En un escrito, en el primer número después de la dimisión del Dr. Calero, describo su papel como editor y la condición creada por su renuncia de la siguiente manera: El firme derrotero de su creador, el elemento vital de su existencia, su custodia, la ha mantenido durante décadas en una trayectoria admirable. Hoy, su renuncia hace recaer en todos los académicos, y...por qué no en todos los médicos panameños, la tarea de hacerla transitar por nuevos derroteros, sin menoscabo de su calidad tradicional. Para la difícil, por no decir imposible, tarea de reemplazar al Dr. Carlos Calero M., un número apreciable de académicos uniremos esfuerzos, con la intención de lograr que esta valiosa publicación perdure. Y, válgame Dios, lo hacía en la calidad de la inexperta nueva editora de la Revista, condición que ha perdurado hasta ahora.

La aceptación de esta tarea surgió del temor a que la Revista desapareciera, huérfana de quien le prestara el tiempo que exigía, aún cuando ni aún ahora me siento suficientemente preparada para semejante tarea, para la

cual, afortunadamente, he recibido el apoyo de colegas expertos.

También describía lo que imaginaba como nuestro producto: El valor de toda publicación se pondera en la satisfacción del mayor número posible de sus lectores. En el caso de una revista médica esta satisfacción dependerá de encontrar en ella la respuesta a sus inquietudes profesionales: el caso interesante, el artículo que da luces en el manejo de una patología difícil, nuevas maneras para practicar una mejor medicina, la experiencia acumulada durante una larga y fructífera práctica; por supuesto que esta información debe ser confiable y provista en la mejor y más clara presentación.

Como editora, ingresamos en la era digital en la preparación de los manuscritos enseguida y, recientemente, nos incorporamos a la más actualizada manera para recibir, discutir, aceptar, sugerir mejoras que provengan de los expertos en la materia, y finalmente publicar nuestras experiencias. También, de que estas puedan llegar a las más apartadas regiones del mundo que cuenten con internet. Creo interpretar que antes como ahora la principal recompensa era ver la Revista terminada. Imagino al doctor Calero cuando orgulloso la llevaba personalmente a la oficina de correos, donde se pesaban las revistas y se les aplicaban las tasas por el envío correspondiente a distintos continentes. Personalmente le adhería los sellos que les permitirían viajar hasta las bibliotecas donde las habían solicitado.

Si mencionamos Academia Panameña de Medicina y Cirugía, seguramente los interlocutores lo asociarán con toga, médicos elite (esto no siempre con buena connotación), reuniones y con la Revista, con la que no podemos hacer una separación. El interés científico originó y ha mantenido a la Academia; la Revista es su máxima expresión.

El futuro de nuestra Revista sigue preocupándonos. El domingo 5 de enero se publicó en la prensa una síntesis de lo que contestaron 150 personalidades a una encuesta de la revista digital Edge, en la que se preguntaba ¿De qué debemos preocuparnos? Para mi sorpresa, entre respuestas como: que la gente deje de morir y que no podamos vivir sin internet, dentro de los primeros lugares aparecía la respuesta del neurocientífico Marco Lacaboni: del futuro de las publicaciones científicas.

En los últimos meses he visto concretarse medidas para la recuperación del sitio que la Academia y sus miembros se merecen. Siento que es un renacimiento que fortalecerá la práctica de la Medicina en Panamá, lo que soñaron y lograron sus iniciadores. Gracias nuevamente.